

IGNACIO RAMONET. TERRORISMO INTERNACIONAL: ¿CAUSA O JUSTIFICACIÓN DEL INTERVENCIONISMO?

POR JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Dueño de extensa y sólida cultura, y de un pensamiento riguroso, independiente y creador, Ramonet nos ha entregado numerosos libros y artículos indispensables para comprender el mundo en que vivimos, con un crítico y particular punto de vista que hace llegar al lector lo más desconocido del entorno de los medios de comunicación y de la seguridad internacional.

Ignacio Ramonet, nacido en 1943 en Redondela (Pontevedra), criado en Tánger (Marruecos) y residente en París, es director del mensual *Le Monde Diplomatique*, que en la actualidad se acerca al millón de ejemplares en todo el mundo. Especialista en geopolítica y estrategia internacional, y profesor de teoría de la comunicación en la Universidad Denis Diderot de París, Ramonet es doctor en semiología y en historia de la cultura por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde fue alumno de Roland Barthes y de Christian Metz, además de ser profesor asociado de la Universidad Carlos III de Madrid. Es también fundador de Attac (Asociación para la Tasación de las Transacciones), de Media Watch Global y uno de los promotores del Foro Social Mundial de Porto Alegre que, según Ramonet “*es la Asamblea de la Humanidad, un laboratorio de ideas para enfrentar al abismo de la globalización, donde se puede palpar el sufrimiento humano*”.

Es un asiduo conferenciante en las principales universidades y entidades culturales de todo el mundo; si bien es más conocido por la gran cantidad de artículos periodísticos que publica asiduamente, ha dado a conocer su pensamiento a través de algunos de sus libros entre los que cabría destacar: “*La golosina visual*” (2.001); “*Marcos: La dignidad rebelde*” (*conversaciones con el Subcomandante Marcos*) (2.001); “*Rebeldes, Dioses y excluidos*” (2.000); “*Propagandas*

silenciosas”; *“La Post-televisión*”; *“Cómo nos venden la moto*” (coautor junto a Noam Chomsky) (1.995); *“Un mundo sin rumbo*” (del que se han llegado a hacer cinco ediciones); *“La Tiranía de la comunicación*” (2.002); *“La tecnología: revolución o reforma, el caso de la información*” (2.000); *“Internet, el mundo que llega*” (1.998); y *“Guerras del siglo XXI, nuevos miedos, nuevas amenazas*” (2.002).

INTRODUCCIÓN

No lo esperábamos. No esperábamos que dos Boeing fueran lanzados contra las Torres Gemelas de Nueva York, llenas de personas que iban a morir, y guiados por gente decidida a morir, metáfora gigantesca de la técnica que se autodestruye, puesta en escena para herir a Estados Unidos.

¿Estaría en la mente del “líder maligno”, que para tantos seguidores representaba Bin Laden, el estudio de las consecuencias que la ejecución de su asesinato en masa podía acarrear para esa parte del mundo que conoció el nacimiento de la civilización, tal y como la concebimos ahora? ¿Le presentarían sus “asesores” los escenarios negros?

Dado que es ampliamente admitido que los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 han dado lugar a un nuevo periodo de la historia contemporánea, sería conveniente el cuestionarse qué otra etapa se ha cerrado con tantas muertes y destrucción como se produjeron en el “septiembre negro”, cuáles han sido las consecuencias y cómo se atisba, desde ese momento, el presente que estamos viviendo y el futuro que nos queda por afrontar desde el punto de vista de la seguridad internacional.

La época que finalizó con acto tan reprobable tuvo su comienzo en dos fechas históricas que ya forman parte del acerbo dialéctico de estrategas e investigadores políticos y sociológicos: el 9 de noviembre de 1989 con la caída del Muro de Berlín y el 25 de diciembre de 1991 con la desaparición de la Unión Soviética. Las principales características de esta década que separa el fin de la conocida “guerra fría” y el inicio del temor internacional a la actuación de un terrorismo brutal capaz de actuar en el corazón del “único policía del mundo” podrían resumirse en: la exaltación en sumo grado del régimen democrático, la celebración de la consecución del estado de derecho y la glorificación de los derechos humanos. En política interior y exterior, esta

“Trinidad” se ha consolidado como una premisa indispensable y un imperativo categórico omnipresente constantemente invocado. No desprovista de ambigüedades (¿es posible combinar la mundialización de la libertad y la democracia planetaria?), esta Trinidad ha contado desde sus albores con la firme adhesión de los ciudadanos, quienes veían en la misma un gran avance contra la barbarie de los conflictos armados.

En Europa occidental, la segunda mitad del siglo XX se caracterizó por el progresivo apaciguamiento de los conflictos armados y el aumento de una prosperidad casi general. Las condiciones de vida mejoraron sensiblemente y la esperanza de vida alcanzó cotas sin precedentes.

Desde la caída del Muro de Berlín, el hundimiento de los regímenes comunistas y la desmoralización del socialismo, según pensamiento de nuestro autor, ha dado lugar a una nueva doctrina que puede ser calificada como de “un desmesurado furor ideológico de dogmatismo moderno”. ¿Qué es el pensamiento único al que se tiende con el término globalización del conocimiento y que siempre repite las mismas cosas?: la traducción a términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en especial, las del capital internacional. Se puede decir que está formulada y definida a partir de 1944, con ocasión de los acuerdos de Bretton-Woods. Sus fuentes principales son las grandes instituciones económicas y monetarias —Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio, Comisión Europea, Banco de Francia, etc.— quienes, mediante su financiación, afilian al servicio de sus ideas, en todo el planeta, a muchos centros de investigación, universidades y fundaciones que, a su vez, afinan y propagan la buena nueva.

Dentro de ese “estado del bienestar”, el día en que los historiadores de las mentalidades se pregunten por los miedos de comienzos del siglo XXI, descubrirán que, a excepción del terrorismo, que obsesiona a las sociedades occidentales desde el 11 de septiembre de 2001, los nuevos temores son menos de orden político o militar (conflictos, persecuciones, guerras,...) que de carácter económico y social (desastres bursátiles, hiperinflación, quiebras empresariales, despidos masivos, precariedad, recrudescimiento de la pobreza...), así como industrial (accidentes tan graves como los de Minamata, Seveso, Bhopal o Toulouse) y ecológico (trastorno de la naturaleza, deterioro del medio ambiente, calidad sanitaria de la alimentación, contaminación de

todo tipo...). Afectan tanto a lo colectivo como a lo íntimo (salud, alimentación...) y a la identidad (procreación artificial, ingeniería genética...).

El término “terrorismo mundial”, que pareció surgir de la zona cero tras la destrucción de las torres gemelas, tiene su origen en una época muy anterior; la primera vez que se habló de ello fue en 1.981. La administración de Reagan entró en funciones anunciando alto y claro que el centro de la Política Exterior de Estados Unidos, su foco principal, iba a ser la guerra contra el terrorismo internacional; en particular, contra el terrorismo de Estado, que en aquel momento estaba patrocinado, según se decía, por los rusos.

Quizá fuera esta nueva actitud, que ha llevado a los dirigentes americanos a pergeñar una política de intervención dura hacia aquellos países que se interponían en la consecución de sus principales intereses de dominio, primero del mundo occidental y después del 89 de todo el mundo, la que más dudas, estudios y críticas ha producido en los analistas del “nuevo orden” de seguridad y defensa internacional. Grandes amigos (o quizá, salvo en el caso del Reino Unido, debiera decirse colaboradores) y enconados enemigos fueron el resultado de las actuaciones llevadas a cabo en África, en Europa, en Asia, en Oriente Próximo y en otros muchos escenarios, todos ellos seleccionados por los estrategas americanos al “suponer una amenaza a la seguridad mundial por entrenar, dar cobijo o no condenar a los terroristas en sus territorios y a sus acciones”.

Ya sabemos cuál fue su respuesta: contestaron creando la mayor red terrorista de la historia humana y cometiendo atrocidades en el mundo entero, que fueron condenadas por el Tribunal Internacional y por el Consejo de Seguridad. Fue la reacción de la primera guerra contra el terrorismo (1).

La actitud de los dirigentes y de los medios de comunicación occidentales, su fervor proestadounidense a raíz de los criminales atentados del 11 de septiembre, no deben ocultarnos la cruel realidad. En todo el mundo, y en particular en los países del Sur, el sentimiento expresado con más frecuencia por la opinión pública ante esta tragedia fue: “*Lo que les ha pasado es muy triste, pero se lo tienen merecido*” (2). Sin embargo, no se debe tratar este pensamiento como algo más allá del clamor de revancha inconsciente de quien perjudicado se

(1) CHOMSKY, NOAM. *¿Qué podemos esperar de la sociedad del futuro?* Círculo de Lectores, 2.002. Pág. 140.

creo por la política exterior americana, y ha de evitarse la inversión en el orden de víctimas y verdugos. Ninguna causa en el mundo justifica un crimen como el que se cometió el 11 de septiembre. Existen en el mundo muchas injusticias denunciadas, muchas desigualdades y mucho rencor acumulado, en particular en los países más pobres, pero todo ello no justifica una matanza tan vil de inocentes.

EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO SOBRE SEGURIDAD

La palabra terrorismo, de origen incierto y nunca fechado, se hizo muy popular en las actuaciones de los “citoyens” en la Revolución Francesa, aunque su aplicación era totalmente opuesta a la que de ella se hace en la actualidad; en aquel entonces hacía referencia a las acciones llevadas a cabo en aras de la consolidación del poder del nuevo gobierno mediante la intimidación de los contrarrevolucionarios, subversivos y otros disidentes considerados por el nuevo régimen como “enemigos del pueblo”.

Pero, mucho antes, y a pesar de haber sido utilizado con anterioridad de modo esporádico, el uso primero del crimen político organizado se debe a los ismaelitas, más conocidos como “Asesinos”. Tal es como lo explica, en su libro *“Los Asesinos. Una secta radical islámica”*, Bernard Lewis. Con su relato ayuda en este libro a comprender los mecanismos políticos y, sobre todo, religiosos que, en el seno del Islam medieval, permitieron el nacimiento y subsistencia durante dos siglos (XI–XIII) de una secta cuyas ideas horrorizaban tanto como sus violentos actos.

Según Ramonet el término terrorismo es impreciso, aunque desde hace dos siglos se utiliza para designar indistintamente a todos aquellos que recurren, con razón o sin ella, a la violencia para intentar cambiar el orden político; sigue diciendo que la experiencia demuestra que, en ciertos casos, dicha violencia era necesaria, “sic semper tyrannis”, exclamaba ya Bruto al apuñalar a Julio César, que había derribado la República. “Todos los medios son legítimos para luchar contra los tiranos”, decía a su vez el revolucionario francés Gracchus Babeuf en 1792.

(2) RAMONET, IGNACIO. *“Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas”*. Mondadori, 2002. Título original *“Guerres du XXIe siècle”*. Pág. 50.

El terrorismo, hoy en día, es una bomba contra la vida y la libertad; los ideólogos del terror, que abrazan todas las religiones, creencias y regímenes políticos, siembran sus semillas en aquellas capas de la sociedad más débiles, más amenazadas y más desesperadas, e intentan inculcar en estas personas un objetivo que se centra en la destrucción de todo lo que pueden, ¿persiguiendo lograr qué?, comenzando por el tejido social mismo, la juventud y sus buenos propósitos, el turismo y el desarrollo comercial de las regiones. Este terrorismo, concebido hasta los atentados descomunales de los últimos años del siglo XX y primeros del XXI, como un problema nacional o, a lo sumo, regional, ha devenido como un problema global de nuestra civilización, cuyos ataques y acciones desmesuradas pueden realizarse en cualquier país del mundo para atentar “contra los intereses” de otra nación separada del lugar cientos o miles de kilómetros; nadie puede luchar sólo contra el terrorismo.

A finales del siglo pasado se creyó, sin modestia alguna, que se había llegado a la “era del conocimiento” y que esa nueva era debía conducirnos forzosamente a un mundo mejor y más humanizado; el conocimiento y los avances tecnológicos alcanzados en apenas un cuarto de siglo han provocado el nacimiento de una utopía, el nacimiento de un pensamiento único global, planetario, impuesto a la tierra entera, hecho conocido como “globalización”; la globalización es el resultado de la interdependencia cada vez más estrecha de las economías de todos los países, ligada a la libertad absoluta de circulación de capitales, a la supresión de las barreras arancelarias y las reglamentaciones y a la intensificación del comercio y del libre cambio. La brutalidad y la celeridad de todos estos cambios produce en los ciudadanos una sensación de verse atrapados en el corazón de una crisis, en el sentido que Antonio Gramsci daba a este término: “Cuando lo viejo ha muerto y lo nuevo no termina de nacer”. O, como diría Tocqueville, “cuando el pasado deja de iluminar el futuro y el espíritu avanza entre tinieblas”.

A causa de la globalización, en muchos países europeos la incertidumbre es hoy el parámetro dominante, así como la inseguridad económica y social, y la inseguridad frente al ascenso de la delincuencia y de la violencia. Muchas personas relacionan esto con la instalación reciente, en el seno de nuestras sociedades, de inmigrantes con culturas muy diferentes. Todo ello ha creado un entorno literalmente terrorífico para muchos ciudadanos que han visto derrumbarse el mundo al que estaban acostumbrados. Muchos tienen miedo, sienten nuevos temores y amenazas. Además, tras el 11 de septiembre de 2001 se ha extendido la idea de que los musulmanes (esa inmensa media luna que va de

Marruecos a Indonesia y de Kosovo a Nigeria, y engloba a más de mil millones de seres humanos), y por consiguiente los inmigrantes magrebíes, son terroristas y que el islam es una amenaza para los países europeos. De tal manera que, a los miedos que ya había, se han añadido nuevos pavores” (3).

A este comentario de Ignacio Ramonet responde Tahar Ben Jelloun, escritor e intelectual marroquí, diciendo que “existen, en el magreb, una veintena de partidos y grupúsculos islamistas bien conocidos e identificados. Muchas de esas formaciones practican, a su manera, una suerte de solidaridad social, entre las clases sociales más desfavorecidas. Muchos de esos islamistas son gente muy respetable. Pero también es cierto que hay otros que intentan explotar una situación social explosiva...Todos o la inmensa mayoría de los partidos y grupúsculos islamistas marroquíes se han declarado públicamente contra la violencia y el terrorismo”.

Los primeros años del siglo recién estrenado nos han mostrado una nueva guerra antiterrorista, y la reacción ante ella es responsabilidad de cada Estado. A pesar de haber existido otros ataques terroristas de gran magnitud, lo que nos presentó el ataque al Trade World Center fue algo único, un acontecimiento histórico, había cambiado la dirección hacia la que apuntaron las armas. Europa, según el pensamiento de nuestro autor, ha estado haciendo durante siglos esa clase de cosas a otros países pero nadie se lo había hecho a ellos. Es la primera vez que los acontecimientos han ido en otra dirección, y ese es el motivo de que Europa se sienta aterrada. Otro de los pensamientos de Ramonet deja patente que un efecto indirecto de esta guerra terrorista ha sido la afección a la ayuda humanitaria por la creciente mediatización y politización de las operaciones de asistencia que ha provocado este tipo de conflictos. Los gobiernos, los donantes y las organizaciones humanitarias tienden cada vez más a concentrar sus esfuerzos en conflictos armados de gran visibilidad política y periodística.

Las cifras hablan por sí solas: en abril de 2.003, apenas acabada la guerra de Irak, la administración estadounidense había recaudado 1.700 millones de dólares para la ayuda a la reconstrucción del país; en la misma fecha, el Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas para luchar contra la hambruna que amenaza a 40 millones de africanos necesitaba, pese a los llamamientos, 1.000 millones de dólares.

(3) RAMONET, IGNACIO. *“Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas”*. Mondadori, 2002. Título original *“Guerres du XXIe siècle”*. Pág. xx.

Otra consecuencia de la lucha contra el terrorismo ha sido la vulneración, ampliamente debatida y criticada desde los gobiernos socialdemócratas, del respeto a la intimidad de las personas, llegando, en ocasiones extremas, a la violación de este derecho que se halla omnipresente en todas las acciones legislativas de este tipo de gobiernos. En la edición en castellano de “Le Monde Diplomatique” del mes de agosto del año 2.003, Ignacio Ramonet, director del mensual, citó a Orwell (autor de “1.984”, libro en el que el Estado confronta una guerra permanente contra un enemigo inasible): *“en el pasado, ningún gobierno había tenido el poder de mantener a sus ciudadanos bajo una vigilancia constante. Ahora la policía del pensamiento vigila constantemente a todo el mundo”*.

A partir de septiembre de este año 2.003, toda compañía aérea que transporte gente al territorio estadounidense debe entregar datos completos de sus pasajeros, sin que éstos lo sepan, que incluyan religión, preferencias alimentarias, viajes anteriores, organizaciones que han financiado sus viajes, si las hubiere, estado de salud y otras. Toda esta información es entregada a un sistema conocido por las siglas CAPPs (en español, Sistema de Control Preventivo Asistido por Ordenador), con el objeto de detectar sospechosos. Como si fuera un semáforo, CAPPs dará el color verde a los inofensivos, el amarillo a los dudosos y el rojo a los desahuciados. Por cierto, todo aquel pasajero musulmán u originario del Medio Oriente no puede contar con el verde; como mínimo es amarillo.

Es evidente que para Ramonet, al igual que para otra mucha gente, no sería una pareja ideal el Sr. Bush. Pero se equivoca si lo confunde con los Estados Unidos, que dejarían de ser lo que son desde su nacimiento si se convirtieran en algo parecido a la máquina totalitaria de Orwell en su obra 1.984. En el peor de los casos, según opinión del mismo Ramonet, Bush no puede pasar más de ocho años en la Casa Blanca.

Los países libres afrontan un nuevo enemigo: una amenaza letal de grupos terroristas, estados forajidos que buscan armas de destrucción masiva y una ideología de poder que se ceba en los inocentes y justifica cualquier crimen. Este es un momento oportuno para que todos los países que representan un frente común de respeto a la igualdad, a la democracia y a los derechos humanos, se unan en la defensa de la libertad.

El objetivo del terrorismo es destruir los valores de convivencia y democracia que comparten y en los que se fundan los Estados libres, destacando sobre todos como derecho fundamental el derecho de la vida.

Aunque todavía existen dirigentes e ideólogos que, más por intereses particulares en la consecución de fines extraordinariamente limitados que por la difusión de un verdadero pensamiento de validez universal, piensan que existen, y se permiten la “licencia” de clasificarlos, distintos tipos de terrorismo, cabría destacar que en foros internacionales de seguridad y defensa se hace continua alusión al hecho de que todos los terrorismos son iguales y no debe haber diferencias entre acciones locales e internacionales. Hay una conciencia muy clara de que no existen espacios exentos para el terrorismo, que puede afectar a todos porque no tiene fronteras; es, pues, necesario establecer medidas globales para evitar las actuaciones y efectos criminales de las organizaciones terroristas.

Bajo el nombre de “terrorismo internacional”, el adversario elegido es el islamismo radical. Eso justifica todas las medidas arbitrarias y todos los excesos. Incluida una versión moderna de la política Mc-Arthur, que tendría como blanco, más allá de las organizaciones terroristas, a todos aquellos que se oponen a la hegemonía estadounidense, e incluso a los adversarios de la mundialización liberal (4).

Tan importante es la evaluación de los expertos en seguridad, que han escrito una infinidad de artículos y libros sobre esta nueva amenaza, como la percepción del ciudadano de a pié a quien se le presentan los devastadores efectos de los ataques terroristas. Cuando a estos ciudadanos españoles se les presenta la pregunta de ¿cuáles son, en su opinión, los problemas más importantes que existen en España?, los resultados obtenidos son los siguientes: en primer lugar, el paro, con un 67,9 % de votantes; en segundo lugar, el terrorismo (en el caso de España, claramente representado por la amenaza de ETA y su entorno), con un 45,4 %; la guerra aparece en quinto lugar con un 14,2 %.

Colectivamente y mediáticamente la muerte producida por el terrorismo aparece a veces como una muerte más injusta que las de los miles de personas que fallecen cada día en África o

(4) RAMONET, IGNACIO. “Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas”. Mondadori, 2.002. Título original “Guerres du XXIe siècle”. Pág. 55.

en conflictos de otras áreas del mundo. Cada día mueren muchas personas en accidente de tráfico y no se habla tanto de ello como cuando hay una víctima por terrorismo (por ejemplo, aquí en España). Quizá todo responda a que la realidad del poder mundial escapa con mucho a los estados. Tanto es así que la globalización implica la emergencia de nuevos poderes que trascienden las estructuras estatales. Entre estos nuevos poderes, el de los medios de comunicación de masas aparece como uno de los más potentes y terribles. Por vez primera en la historia del mundo, se dirigen mensajes permanentemente, por medio de cadenas de televisión conectadas por satélite, al conjunto del planeta.

No puede olvidarse que el tratamiento mediático puede servir de eficaz herramienta para introducir en los indecisos y “felices ignorantes” la opinión negativa sobre, o el pensamiento a favor de, una determinada facción a la que se quiere colgar el cartel de “terrorista”.

...La influencia de la televisión, principalmente en materia de diplomacia, no ha dejado de crecer en los últimos años. Hemos podido verificarlo con ocasión de las grandes crisis internacionales. Sin las imágenes desgarradoras del mercado bombardeado de Sarajevo, ¿habría habido un ultimátum de la ONU? Sin la conmovedora visión de los niños hambrientos de Mogadiscio, ¿habría habido un desembarco militar en Somalia? No es seguro. En nuestras democracias mediáticas, la conminación humanitaria dicta desde ahora la actitud de los cancilleres y prescribe una conflictiva diplomacia del audímetro, con los temibles riesgos que esto, como es bien sabido por las grandes potencias, supone (5).

Estados Unidos domina el mundo como ningún otro imperio lo ha hecho jamás. Su supremacía es aplastante en las cinco esferas tradicionales del poder: política, económica, militar, tecnológica y cultural; y, sin embargo, se convierte en una potencia indefensa cuando el fanatismo y la rabia contenida hacen mella en aquellos grupos que han nacido al abrigo del odio, del chantaje, de la pobreza escandalosa y de la tergiversación malintencionada de los principios religiosos promulgados por quienes se revisten de autoridad para realizar su interpretación y de este modo propalarla por doquier.

Por este motivo, por lo universal de los objetivos que pueden ser atacados por los terroristas y por lo vasto del territorio en que pueden actuar, este gran imperio que se quiso erigir

(5) RAMONET, IGNACIO. “Cómo nos venden la moto”. Icaria. 15ª edición. 2.002. Pág. 93.

como el único responsable de la seguridad internacional, ha tenido que hacer un llamamiento a una unidad sin fisuras con Europa para luchar contra los “enemigos de la libertad”. Según opinión emitida por el presidente Bush, tras la decisión tomada por su país de derrocar al régimen iraquí, los países europeos deben ser más activos y menos prudentes a la hora de usar la fuerza en la lucha contra el terrorismo y las armas de destrucción masiva. “El mal no debe ser ignorado o apaciguado. Debe ser combatido, y de forma decisiva”.

Se asiste en la actualidad a un profundo cambio geopolítico que va a afectar al mundo de las relaciones internacionales irremediamente: está variando la percepción misma del terrorismo. De inmediato se habla de hiperterrorismo para subrayar que no volverá a ser como antes. Se ha rebasado un límite impensable, inconcebible. La desmesura de la agresión la convierte en un hecho sin precedentes. Hasta el punto de que nadie sabe cómo llamarla, ¿atentado?, ¿ataque?, ¿acto de guerra? Los límites de la violencia extrema parecen haberse ampliado.

La guerra contra el terrorismo es una forma de conflicto armado nuevo, tan novedoso que ha dejado invalidados todos los medios, los recursos, las estrategias y las tácticas conocidos y aplicados hasta ahora; resulta evidente que, en adelante, todas las Fuerzas Armadas habrán de pergeñar nuevas formas de acción para hacer frente a un terrorismo global. Global en su organización, pero también en su alcance y objetivos. Y que no plantea reivindicaciones muy precisas. Ni la independencia de un territorio, ni la instauración de un tipo particular de régimen. Esta nueva forma de terror se manifiesta como una especie de castigo o escarmiento contra un comportamiento general.

El terrorismo seguirá siendo durante esta década (primera del siglo XXI) la principal amenaza contra nuestra sociedad. Los grupos terroristas transnacionales asociados a la utilización de armas de destrucción masiva, serán su manifestación más peligrosa, y contra los que se deberá centralizar el esfuerzo militar de los Estados. No obstante deben tenerse en cuenta las otras manifestaciones del terrorismo (6).

(6) “Nuevos retos, nuevas respuestas”. Estrategia militar española. Estado Mayor de la Defensa. Julio 2.003. Madrid.

GUERRA TOTAL CONTRA UN ENEMIGO DIFUSO

Las batallas de este siglo se abren en diferentes frentes; después del fracaso de las ideologías, quien tiene un arma no va a la guerrilla, sino que asalta en la calle. No obstante, en los últimos años no ha cambiado en absoluto la arquitectura política internacional. Según Ramonet, “seguimos en un mundo unipolar dominado por una hiperpotencia que no tiene rival, y no lo tendrá en años. Estados Unidos domina en lo político, económico, militar, tecnológico y cultural (en cuanto a cultura de masas)”. Los ataques terroristas confirman esto, porque Estados Unidos es atacado por ser lo que es. El objetivo es humillar y por eso se eligen símbolos: el financiero con las Torres Gemelas, el militar con el Pentágono y el político con el Capitolio.

El imperio se siente amenazado. Podría venir al recuerdo una anécdota relatada por San Agustín. Un pirata es capturado por Alejandro Magno, quien le preguntó: ¿cómo osas molestar al mar?; ¿cómo osas tú molestar al mundo entero?, replicó el pirata. Yo tengo un pequeño barco, por eso me llaman ladrón. Tu tienes una flota, por eso te llaman emperador. La respuesta del pirata refleja, según Ramonet, con bastante precisión las relaciones entre Estados Unidos y varios actores secundarios de la escena del terrorismo internacional.

No obstante, en las actuaciones, criticadas por Ramonet, de Estados Unidos contra Panamá, Nicaragua, Afganistán o Irak, ha de distinguirse la actuación de un Estado legítimamente aceptado por la comunidad internacional y la de una organización terrorista. El terrorismo, en este ámbito, puede identificarse como la creación deliberada y la explotación del miedo mediante la violencia o la amenaza de violencia cuyo objetivo es el cambio político. Todos los actos terroristas entrañan violencia o la amenaza de violencia. El término está específicamente diseñado para tener efectos psicológicos a largo plazo más allá de las víctimas inmediatas objeto del atentado terrorista. Está pensado para generar el miedo e intimidar a un público objetivo mucho más amplio, que puede ser un grupo rival étnico o religioso, un país entero, un gobierno nacional o un partido político, o incluso a la opinión pública en general. El terrorismo está diseñado para crear poder allí donde no lo hay o para consolidar el poder allí donde hay poco.

A través de la publicidad que genera su violencia, los terroristas pretenden conseguir la influencia y el poder de los que carecen para forzar el cambio político tanto a escala local como

internacional. El objetivo de los actos terroristas, ha de ser ampliamente conocido, ha de estar perfectamente definido y ha de presentarse como génesis de miedo e intimidación. ¿Ocurría todo esto cuando el mundo entero tembló ante el nuevo monstruo que respondía al nombre de Bin Laden? Lo cierto es que el conocimiento de su organización terrorista no habría alcanzado tal magnitud de no haber apuntado a un objetivo tan extraordinariamente espectacular e inesperado. Sin un adversario al que eliminar, el imperio no se atrevía a ejercer su función de imperio. Bin Laden cometió, con su acción, dos crímenes. El primero los tres mil muertos. El segundo fue procurarle un adversario, el terrorismo internacional, a una administración agresiva. La herida autoriza cualquier cosa y surge la arrogancia. La comunidad internacional no chista. Las autoridades norteamericanas asumen su condición de imperio y ya no necesita aliados, sino vasallos. ¿Cómo queda ante esta postura de autosuficiencia la vieja Europa?

Las decisiones adoptadas por el Gobierno Bush han incidido de forma muy negativa en las relaciones transatlánticas; la iniciativa tomada de forma unilateral ha dividido a las naciones que buscan, en su defensa común, una unión fuerte y duradera; pero, desafortunadamente, cuando la comunidad europea parece avanzar hacia una organización cada vez más unida, de repente aparece Estados Unidos “reclamando sus servicios”, lo que provoca distintas posturas entre los miembros de esta comunidad que afrontan la “llamada a la colaboración” desde distintos puntos de vista. De este modo, Blair, Berlusconi y Aznar adoptaron una posición ampliamente criticada desde los gobiernos de Francia y Alemania, dando como conclusión un nuevo resurgimiento de algo que parecía aletargado desde la guerra de los Balcanes, un componente defensivo europeo que no necesite la participación del aliado americano en ninguna de sus formas.

Como la mayoría de los ejércitos, el de Estados Unidos está organizado para combatir a otros estados y no para enfrentarse a un “enemigo invisible, difuso”. Pero en el siglo que comienza, las guerras entre estados llevan camino de convertirse en anacrónicas. Este nuevo tipo de conflicto, en el que el fuerte se enfrenta al débil o al loco, es más fácil de empezar que de concluir. Y por masivo que sea, el empleo de medios militares ultramodernos no garantiza necesariamente que se alcancen los objetivos perseguidos, sobretudo contra un arma indetectable, poco previsible y capaz de “mimetizarse” con los sentimientos más elevados del ser humano: el de aprecio y especial sensibilidad que se tiene hacia los niños, las embarazadas o los minusválidos. Los ataques suicidas se han convertido en la mejor táctica para el terrorismo internacional. Según estudiosos del tema, sus costos son bajos y la capacidad de repercusión es extremadamente eficaz.

Desde Jerusalén hasta Yakarta, y de Bali a Bagdad, el atacante suicida es evidentemente el arma preferida de los terroristas internacionales. Estos ahora confían casi exclusivamente en esta táctica para llevar a cabo sus ataques. Iniciados por Hezbollah en el sur del Líbano hace dos décadas, y adoptada como instrumento rutinario por Hamas y Al-Qaeda —más notablemente en los ataques contra Nueva York y Washington hace dos años— la campaña de atentados suicidas fue adoptada en los últimos meses de Irak, donde un camión bomba en el cuartel de la ONU en Bagdad pudo resultar ser el objetivo del terrorismo patrocinado por los simpatizantes del depuesto régimen. Una persona que usa un cuchillo regularmente está nerviosa; una persona que usa una pistola requiere entrenamiento intensivo, y demasiado tiempo. Los ataques con cuchillos y pistolas también dependen de un grado de suerte. Las cosas pueden salir mal. Pero el atacante suicida, para tener éxito, sólo necesita ese momento de valor. “El islam dice ojo por ojo. Creemos en la represalia. Cuando alguien muere en la jihad es un día de alegría”, afirma Ismael Abu Shanab, el prominente líder de Hamas que murió en agosto de este año víctima de misiles israelíes.

La primera gran batalla del siglo utiliza un enemigo invisible e indefinible como excusa. Lanzarse en una guerra contra el terrorismo internacional sirve para controlar más a las sociedades, crear una red de informantes, mucha violencia y grandes destrozos.

La búsqueda de un enemigo implica la consecución de un o unos protagonistas que vulneren la legalidad mundialmente establecida y atenten contra el orden en materia de imparcialidad del derecho internacional. Según nuestro autor:

No existe ninguna prueba de complicidad entre los autores de los atentados del 11 de septiembre y el régimen iraquí. Ninguna. Ni las autoridades norteamericanas ni las británicas han podido establecer un nexo entre la red Al-Qaeda y Sadam Husein, ni presentar el ataque contra Irak como parte de la “guerra contra el terrorismo internacional”. Todo confirma que el verdadero objetivo del asalto disputado contra Bagdad es el petróleo. Lo demás son pretextos. Y la ONU lo sabe. Después del voto histórico del Consejo de Seguridad, Andrew Card, secretario general de la Casa Blanca, declaraba ante la

prensa “Para actuar contra Irak los Estados Unidos no necesitan ningún permiso de la ONU” (7).

Desde el fatídico mes de septiembre de 2.001 se ha creado una atmósfera de guerra contra el terrorismo que justifica cualquier acción de cualquier estado contra el terrorismo o contra un supuesto terrorismo. En Israel, Colombia o Filipinas, los gobiernos actúan sin ningún freno con este pretexto. En Chechenia es igual. Occidente no tiene intereses en Chechenia, pero Rusia sí, referidos a su prestigio internacional y al petróleo. Occidente piensa que cuando se cierran los ojos sobre lo que pasa en aquellas zonas del planeta en las que no inciden directamente sus intereses se busca colaboradores y socios para futuras alianzas.

Pero, sin embargo, no puede admitirse cualquier tipo de consecuencia que se apoye en el recuerdo violento y en el rencor del episodio, sangriento en la mayoría de las ocasiones, originado por las organizaciones terroristas. El mundo ha de seguir sus principios de desarrollo humano y las leyes, principalmente las del derecho internacional, han de ser aplicadas y cumplidas incluso con quienes no las reconocen. Tito Livio cuenta la historia siguiente: vencida Roma decidió negociar con los galos que la asediaban. El Senado encargó a sus generales pactar con los bárbaros. Un acuerdo fue concluido para librarse del asedio: Roma entregaría 1.000 libras de oro. A este hecho ya de por sí humillante, escribe Tito Livio, se añadió otro gesto escandaloso. Las pesas utilizadas por los vencedores eran falsas. Y como los oficiales romanos se quejaban, Breno, el jefe galo, tuvo la insolencia de echar su propia espada encima de las pesas y de pronunciar estas palabras insoportables: “Vae victis!”, “¡desgracia sin límites para los vencidos!”.

Muchos observadores están convencidos de que, bajo el justo pretexto de combatir el terrorismo internacional, algunos países no sólo están transgrediendo las convenciones de Ginebra sino la simple razón humanitaria. La consecuencia principal de la prepotencia de algunos países (Estados Unidos, Rusia, Israel, Reino Unido, etc.) es el convencimiento de que se hallan en disposición de un poder sin límites. De este modo, se permiten declarar a su antojo “enemigo de la humanidad” a cualquier dirigente, régimen o país. Pero la verdadera lección de este nuevo poder sin límites la ha expresado el senador demócrata norteamericano Patrick Leía, “No podemos emprender una guerra en defensa de nuestros valores, y renunciar a ellos al mismo tiempo”.

(7) RAMONET, IGNACIO. “*El cuarto Reich*”. Revista L-Política. 30 de Noviembre de 2.002.

La guerra contra el terrorismo presenta, finalmente, la mejor forma de legitimar prácticas represivas en el interior de los mismos estados imperialistas, lo que se contraponen al hecho real de las ideologías en expansión: la difusión y aplicación del derecho internacional y la certera aplicación de la injerencia humanitaria en terceros países. En la mayoría de los países occidentales, tanto en América del Norte como en Europa Occidental, la guerra contra el terrorismo ha servido de pretexto para la introducción de medios atentatorios para las libertades públicas y para los derechos humanos.

EL DESEQUILIBRIO DEL ORDEN INTERNACIONAL

La mayoría de los estados miembros de la Unión Europea parecen haber olvidado una realidad histórica presente en la evolución del mundo: un imperio no tiene aliados, sólo tiene vasallos. Y ya quedó dicho en un apartado anterior que Estados Unidos, protagonista principal de las críticas de Ramonet, ha devenido en potencia hegemónica de este final del siglo XX y principios del siglo XXI. Ante la visión de todos los europeos, bajo las presiones de Washington que los conmina a involucrarse en “sus guerras”, en los conflictos de defensa de sus intereses presentándolos como intereses de todos sus “aliados”, países teóricamente soberanos se dejan de este modo reducir a la triste condición de satélites.

Y ahí está la lucha contra el terrorismo como argumento principal de la política exterior estadounidense; y ahí están los países que más han sufrido y sufren el terror, la devastación y la muerte por estos actos terroristas pidiendo “por favor” que aquellas organizaciones criminales que tienen cientos de muertos en su haber sean introducidas en una relación por escrito que las presente, ante la comunidad internacional como “peligrosas”. ¿Y qué pasa con Al-Qaeda? Esta organización no es tema de debate, ya que quien ostenta la hegemonía tiene el poder absoluto sobre la redacción de la lista, y de este modo, aparece por encima de todas las demás; sin dudas y sin comparaciones.

Tras los atentados del 11 de septiembre algo muy importante ha cambiado en la política internacional: la arquitectura geopolítica mundial cuenta con una única superpotencia en su cúspide, la cual, según su opinión, goza de una fuerza militar sin parangón, que no dudará en emplear en actuaciones en solitario, si fuera preciso, para ejercer su derecho de autodefensa

actuando a título preventivo. Particularmente, Ronald Rumsfeld ha definido el período actual como una nueva “guerra fría” (un nuevo orden internacional), ha reiterado que no se trata sólo de bombardear Afganistán o Bagdad, ni contentarse con operaciones militares contra las próximas víctimas que decidan atacar, sino de la concepción de la batalla prolongada, tanto como lo que duró el enfrentamiento con la Unión Soviética, del que se suponía Washington había emergido victorioso, una lucha en la que los componentes políticos, económicos y propagandísticos tienen tanta o más importancia que los militares.

Una guerra fría sin una potencia adversaria, cuando el capitalismo se globaliza y convierte todo el planeta en su mercado, desatada contra un enemigo que está en todas partes, que golpea con fuerza allá donde se encuentre un interés o representante americano (institución, cargo o persona), y cuyo propósito es tratar de vejar al máximo a la superpotencia mundial.

Pero, la duración de los conflictos, con el amanecer de las luchas antiterroristas, ha sufrido un cambio radical; de la estrategia de las “guerras relámpago”, del empleo de “armas secretas” y de las tácticas de inmovilización y paralización rápida del adversario, que procuraban enfrentamientos cortos, con pocas pérdidas de vidas humanas y evitando (y de este modo se llevaban a cabo los planeamientos anteriores a cada una de las batallas) daños colaterales en la población civil, se ha pasado a las guerras prolongadas, a las luchas intestinas, a las tácticas de desgaste, a la falta de “explotación del éxito”, dado que los resultados, en este tipo de guerras, son siempre inciertos, provocando una dilatación en el tiempo de duración de cada conflicto cada vez mayor. Y aquí se presenta el principal problema para Estados Unidos: ¿están dispuestos sus ciudadanos a soportar, día tras día, las peticiones de su presidente de incrementar los créditos para apoyar este tipo de intervenciones? ¿Será capaz el gobierno americano actual de distraer con las continuas alusiones a la “defensa del orden internacional y de los intereses de la nación” el efecto negativo de los soldados que vuelven en las “bolsas negras”?

El mundo ha cambiado, pero la memoria histórica no quiere rememorar una situación similar a las de Vietnam o Corea. Es por ello por lo que el imperio acude a los vasallos, ya no puede afrontar en solitario la pacificación de aquellas zonas del globo que son ¿de interés para todos los países? En este momento es cuando Estados Unidos ha de dejar a un lado su brabuconería y solicitar el apoyo internacional (por ejemplo en el restablecimiento del orden en Irak); y también en este momento los países y organizaciones internacionales que han sido

denostados por esa nación elevan su orgullo y se oponen, casi de un modo irracional, a exigir condiciones al imperio para su participación.

Sin embargo, se trata de una comunidad, la americana, firme y arraigada en sus principios y siempre orgullosa de ser un firme baluarte de la defensa de la democracia, de las libertades y de la igualdad. En la mayoría de las ocasiones, no conocen el porqué ni el para qué de las actuaciones de su país en el extranjero (¿podría llamarse injerencia?). Este distanciamiento entre la realidad del mundo y la visión que de ello tienen los ciudadanos del país que ejerce una discutida hegemonía planetaria es algo como para alterar el sueño a toda la humanidad. Que ello ocurra, además, allí donde hay un muy elevado desarrollo tecnológico en materia de información y comunicación y en una sociedad que todavía es percibida por muchos como abierta y liberal, es para transformar el sueño en pesadilla y obligarnos a despertar.

Ignacio Ramonet incidirá en esta opinión expresando su desconfianza porque aprecia en la cultura americana tres evidencias: la reducción de los seres humanos a masas manipuladas, incapaces de discernir y de decidir libremente; la introducción de un conformismo y de una pasividad peligrosamente regresivos, para llevarlos a olvidar, por un instante, el mundo absurdo, cruel y trágico en que viven; el peso de la industria norteamericana de los media, que presenta a muchos europeos como una especie de seres “transculturales”, híbridos irreconciliables, que poseen una mentalidad norteamericana en un cuerpo europeo.

Es interesante recoger algunas cifras publicadas por la UNESCO ya en 1.990:

- *De las 300 empresas más importantes de información y comunicación, 144 eran norteamericanas, 80 de la Unión Europea y 49 japonesas, es decir la inmensa mayoría americanas.*
- *De las 75 primeras empresas de prensa, 39 eran norteamericanas, 25 europeas y 8 japonesas.*
- *De las 88 primeras firmas de informática, 39 eran norteamericanas, 19 europeas y 7 japonesas.*
- *De las 158 primeras empresas fabricantes de material de comunicación, 75 eran de Estados Unidos, 36 europeas y 33 japonesas (8).*

(8) RAMONET, IGNACIO. “*La tiranía de la comunicación. El papel actual de la comunicación*”. Editorial Debate S.A.. Barcelona. 2.002. Pág. 149.

Ante la sociedad americana se opone el pensamiento de la comunidad europea, en una mínima representación del Tercer Mundo, planteándose el hecho de que existen dos formas de abordar el estudio del terrorismo: se puede adoptar un enfoque literal, tomando el tema en serio, o un enfoque propagandístico, construyendo el concepto de terrorismo como un instrumento al servicio de un sistema de poder determinado. Noam Chomsky, conocido por sus mordaces críticas al modo de ejecución de la política exterior americana, señala que “cuando Estados Unidos y sus satélites son los agentes de atrocidades terroristas, éstas desaparecen del historial o bien se transmutan en acto de represalia y autodefensa al servicio de la democracia y los derechos humanos”.

El final de la guerra fría de ningún modo sirvió para aplacar el belicismo de Estados Unidos. O dicho de otro modo, en el fondo no era el enemigo soviético a quien se enfrentaba Norteamérica, sino al deseo de los pueblos de ser dueños de su destino y su futuro. A las pocas semanas de la caída del Muro de Berlín, Estados Unidos invadió Panamá; la ausencia del contrapeso soviético, al contrario de lo que se podía pensar de que eliminaría la necesidad bélica de EE.UU., provocará que por primera vez en muchos años podía recurrir a la fuerza sin inquietarse por las reacciones rusas. El mundo le sonreía, su poder se dejaba sentir, ningún conflicto de “corte tradicional” podía amenazarle, pero no se habían tenido en cuenta los hoy conocidos como “conflictos asimétricos”: el enfrentamiento ya no de tecnología contra tecnología (en el que vence, normalmente, el que la posee de última generación), sino de tecnología contra teología, de raciocinio contra fanatismo. Brzezinski hacía una sugerente alusión al comparar las proclamaciones tan diferentes de los bandos enfrentados en la actual guerra terrorista: “cuando Bin Laden habla de nuestras tierras, se refiere a territorios musulmanes. En cambio, cuando Bush y Blair hablan de nuestras tierras se está refiriendo al mundo. Esta distinción refleja el poder de que disponen los adversarios.”

EL PAPEL DE EUROPA EN EL NUEVO ESCENARIO

Tras los acontecimientos de septiembre de 2001 se creó un pensamiento común, una suerte de consenso en el mundo occidental, de condena a los atentados de Nueva York y Washington, pasando casi inmediatamente a una enorme preocupación por la aparición del unilateralismo, el militarismo y las acciones arrogantes por parte de Estados Unidos a escala mundial. El futuro,

según analistas y expertos de reconocido prestigio internacional, tendrá tres coprotagonistas que decidirán sobre la evolución política y económica del resto de las naciones de su entorno: Estados Unidos, Europa y Japón. Pero, ¿está la Unión Europea (tan preocupada últimamente por el reparto de poder en sus instituciones y por la aprobación de una Constitución válida para todos sus miembros) en condiciones de contrarrestar o delimitar el poder y la tendencia unilateral de los Estados Unidos? ¿Podrá Europa aceptar este reto que la convierta en el actor que participe en la decisión de un futuro de seguridad internacional más coherente y de decisión compartida?

Ciertamente, aún queda mucho camino por recorrer; como se ha podido apreciar, la consecución de una postura común que represente la voluntad europea exige el tener un pensamiento único y firmemente arraigado que todavía no posee la Unión Europea. Tras unas primeras críticas de determinados países frente a la entrada en guerra de los americanos en Irak, la protesta europea disminuyó rápidamente de intensidad y podría decirse que, de forma rápida, desapareció. Los europeos ni siquiera en este momento reclaman seriamente por la violación de los derechos de sus propios ciudadanos que se encuentran en una situación de “ausencia de derecho” por ejemplo en la Base naval de Guantánamo; Estados Unidos no reconoce la aplicación del articulado de los Convenios de Ginebra y de la Haya más que a los súbditos afganos, por lo que a los europeos implicados de algún modo en el conflicto de la lucha contra el terrorismo de Al-Qaeda no se les aplica.

Los europeos han dicho de manera extremadamente clara que se oponen al ataque contra Irak...Sin embargo, tal y como están evolucionando las cosas, podemos predecir que si los Estados Unidos, por razones que corresponden al análisis que ellos hacen de la situación del Próximo Oriente, de la situación internacional, probablemente los europeos no irán más allá de una protesta simbólica (9).

Transcurridos dos años de los atentados del 11 de septiembre, las consecuencias del mismo siguen siendo un espejismo. Las victorias militares en Afganistán e Irak parecen no haber debilitado al internacional grupo terrorista Al-Qaeda; entre otras razones expuestas por el experto en terrorismo y asesor de la ONU Roland Jacquard, está la presunción de que Al-Qaeda se habría implantado en el mundo entero a través de una suerte de franquicia terrorista, en donde

(9) CEPEDA, JOSÉ. “Seis meses después: la ausencia europea”. Entrevista a Ignacio Ramonet. Radio Nederland. 11 de marzo de 2.002.

cada una de estas filiales a su vez habrían adquirido independencia económica y autonomía tanto para escoger el blanco como para ejecutar futuros ataques. Hace apenas dos semanas, la última semana de septiembre, fue el presidente Bush quien, dirigiéndose a su nación, declaraba que Estados Unidos se encontraba “muy amenazada y que los terroristas podrían haber encontrado sus bases de desarrollo y logísticas en Europa”.

Ante la respuesta dada por las naciones europeas a la intervención en Irak, cabría plantearse si, en la actualidad, habría que esperar a que se destruyera no sólo dos torres sino una ciudad entera para que se conforme un frente unido y decidido que le haga la guerra al terrorismo, sin que dicho frente sea criticado y sabotado por arrogante. La decisión tomada por Estados Unidos a comienzos del año 2.003 para sacar del poder a Saddam Hussein, provocó dos consecuencias de profundo calado en las organizaciones de seguridad y defensa internacionales: la aparición de un cisma trasatlántico que hizo temblar el vínculo en que se asienta la OTAN y la reafirmación, por parte de algunos países (Alemania y Francia a la cabeza) de la necesidad de la creación de una organización de defensa única y exclusiva de Europa y para los europeos (¿el espíritu de Monet?).

El reciente ataque a la sede de la ONU en Bagdad demuestra que el terrorismo no solamente arremete contra el unilateralismo norteamericano. Al tiempo que las fuerzas de la coalición encuentran dificultades para establecer el orden y cubrir las necesidades al menos de agua y electricidad para la población, aumenta la solicitud del presidente Bush a la comunidad internacional para que aumenten su ayuda; parecería que a medida que aumenta el caos en Irak disminuye el número de países candidatos a echarle una mano a los norteamericanos para restablecer el orden en aquella nación. Esta mezquina y revanchista actitud de algunos países europeos, entre ellos particularmente Francia, estaría menospreciando el poder y la fuerza del ejemplo que sería el hecho de que Irak, país que cuenta con los recursos humanos y naturales indispensables, se convierta en una próspera democracia regional.

Estados Unidos y Europa occidental tienen en la actualidad visiones del mundo, de la política y ambiciones que divergen de manera significativa y, por lo tanto, es una ficción seguir sosteniendo que existe entre ambos una comunidad de valores e intereses semejante a la que les unió cuando se enfrentaban al nazismo y a Hitler. Desde la posguerra, Europa habría ido renunciando gradualmente a la política de poder hobessiana en nombre de una política de negociación, apaciguamiento, multilateralismo que podría desembocar algún día en el mundo de

paz y legalidad previsto por el Secretario actual de Naciones Unidas. Europa, consecuentemente, ha ido reduciendo su presupuesto en defensa que, en la actualidad, se hallan alrededor de los 180 billones de dólares, mientras que la amenaza terrorista ha provocado el que los presupuestos del mismo capitulado para Estados Unidos está alcanzando los 500 billones.

La explosión de pacifismo que ha vivido Europa con motivo de la guerra no es un sobresalto circunstancial, sino la secuela lógica de una política que, de manera sistemática, han aplicado los gobiernos democráticos de Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Europa ha podido construir un gran sistema de protección social e invertir masivamente en infraestructura, reconstruir y modernizar sus industrias, desarrollar su educación y lograr importantes progresos en la investigación tecnológica y científica. Gracias a todo ello, los ciudadanos europeos tienen unos niveles de vida y unas oportunidades que jamás conocieron en su historia. La Europa posmoderna no quiere ni tiene los medios para liderar el mundo y para afrontar militarmente los peligros que amenazan occidente, entre los que cabe resaltar principalmente el terrorismo, sin descartar el integrista islámico y los estados en continua ebullición como Irak, Libia y Corea del Norte. Podría haber en el futuro entre Europa y Estados Unidos colaboración amistosa, siempre y cuando aquella no pretenda contrarrestar las políticas de poder de éste, sino, más bien, las asista y complemente impregnándoles un matiz propio.

La alianza atlántica, mellada en estos días por la torpe manifestación oportunista de antiamericanismo, deberá restablecer en el futuro cuando, apagados los ecos de la guerra de Irak, y sacando Europa las conclusiones pertinentes del alborozo con que millones de iraquíes han celebrado la caída de Saddam Hussein, tome conocimiento de lo indispensable de aquella alianza para su seguridad. Es cierto, desde un punto de vista relativo, que los Estados Unidos, como se preocupa de enfatizar Ramonet en tono más de crítica que de aceptación, pueden prescindir de Europa sin que les signifique una merma importante en el ámbito militar o en el económico, o quizá en ambos a la vez. No sería válida esta afirmación en lo político. Sin la alianza con la Europa occidental, la cultura democrática a la que se debe el poder político que la ha convertido en superpotencia mundial, sufriría un deterioro y se provocaría un tremendo desplome. La alianza del superpoder con la vieja Europa, cuna de la libertad y proceso al que debe el mundo lo mejor que le ha pasado, es, precisamente ahora que el mundo no encuentra competidores cercanos sino amenazas totalmente compartidas, la mejor manera de mantenerse en la buena tradición que tanto exaltó Tocqueville.

Los peligros que conlleva la conquista por un país occidental de un estado musulmán en el contexto actual han sido denunciados por Francia y Alemania. En realidad, pocos europeos esperaban tanta suerte de independencia de Europa frente al gran hermano americano. Basta con ver cómo, desde el primer minuto, el Reino Unido, Italia y España se lanzaron a apoyar la postura mantenida por el gobierno de Washington. Al principio, en la propia Francia, muchos pensaron que la actitud de Chirac era una mera gesticulación, una actitud simpática pero sin trascendencia, destinada a la opinión pública interna. Se estimaba que la fecha límite para la resistencia francesa era la de la presentación de las pruebas contra Irak por Colin Powell en la ONU. Pero no fue así. París declaró que nada había cambiado, que las pruebas no eran convincentes, y contraatacó proponiendo o duplicar o triplicar el número de inspectores de la ONU en Irak.

Francia tenía su postura decidida desde un principio, algo de lo que Chirac sabe mucho ya que siendo primer ministro no hizo ascos éticos para que desde 1.975 Francia participara en tan lucrativo negocio armamentístico; incluso llegó a autorizar la venta de tecnología nuclear a los iraquíes, pues, la política francesa, en palabras de Chirac “no estaba dictada únicamente por el interés, sino también por el corazón”, tal y como ha demostrado recientemente el crear con el canciller Schroöder su cacareado eje antibelicista europeo.

Ramonet piensa que el juego que ha de desempeñar Europa en el contexto de las Naciones Unidas tiene que ser mucho más importante;

todo el mundo pensaba que la ONU supondría el “fin de la historia”, el objetivo supremo de la civilización, la supresión de las guerras y la sustitución de los conflictos armados por la negociación entre las naciones. Pero la situación en la que estamos hoy y con la arrogancia de Estados Unidos en particular hace que la ONU esté marginada cada vez más y pueda acabar por desaparecer. Sería una tragedia.

¿Qué opina del apoyo del gobierno español al hipotético ataque de Estados Unidos a Irak? Lo encuentro bastante triste. Hay varios países europeos, España, Reino Unido, Italia... que, antes de haberlo discutido en el Parlamento, antes de haber visto las pruebas que Estados Unidos dice tener, antes de haber constatado que Irak no quiere que los observadores de la ONU entren, ya han dado su

acuerdo a los EE.UU. para lanzar este ataque, antes de que las Naciones Unidas lo hayan decidido. Creo que algunos gobiernos europeos están trasgrediendo una línea que separa el hecho de ser aliado a ser vasallo. Creo que las sociedades europeas no aceptan que sus gobiernos se autodeterminen como vasallos. Está en juego la independencia nacional, la soberanía nacional y la democracia (10).

Quizá sea el momento, después de dos largos años de tensiones y consecuencias, de asombrarse menos y preguntarse más sobre las heridas del mundo. Esto parece haberlo hecho más Europa que la administración Bush, apremiada entre la proclamada necesidad de venganza y el razonable temor de no lograr infligir un castigo decisivo al exiliado, ahora enemigo; de actuar en un ámbito incierto, de una situación fluida y transversal, con demasiados puntos de apoyo y demasiados focos.

La ofensiva llevada por Estados Unidos contra Irak y su régimen dictatorial se enmarca en su voluntad de controlar el Sudoeste asiático, una zona estratégica y rica en petróleo. La “guerra santa” que están llevando contra el terrorismo se beneficia de la inexistencia de una política exterior europea y está continuamente dando reveses a la Organización de las Naciones Unidas. Todo esto está permitiendo a Rusia acentuar su política represiva contra Chechenia y al gobierno israelí proseguir sus acciones de anulación de la existencia palestina. La sombra de la guerra planea sobre el desarrollo de las políticas, de los compromisos y de las relaciones comerciales entre los dos continentes.

A partir del momento en que Francia tomó su postura de fuerza contra la decisión de Estados Unidos, toda Europa pudo comprobar que la resistencia de París iba en serio. Y París y Berlín crearon una dinámica internacional que, con el apoyo de Moscú y Pekín, pasaba por la amenaza del derecho de veto en el Consejo de Seguridad.

Estamos en una situación en la que los Estados Unidos han decidido después del 11 de septiembre, asumir lo que en realidad ya era su papel, pero que no explicitaba. Es decir, el hecho de llevar a la práctica la hegemonía militar, política, económica, tecnológica y cultural de los Estados Unidos en el mundo. Hemos visto cómo han marginalizado ahora ya sin siquiera respetar las formas, a

(10) RAMONET, IGNACIO. “El gobierno español ha pasado de ser aliado a ser vasallo de Estados Unidos”. Entrevista en Terra. Septiembre de 2.002.

la Organización de Naciones Unidas, y por consiguiente los Estados Unidos están llevando a cabo como les da la gana, la política que corresponde a lo que ellos definen como sus intereses estratégicos. Los estados europeos sólo tienen ahí una función de aliados y fuera de esa función de aliado que consiente, los Estados Unidos no aceptarán cualquier otra posición europea. Por consiguiente, es una situación, digamos, peligrosa para el contexto internacional (11).

La actual guerra mundial contra el terrorismo y la propaganda que la acompaña pueden dar la impresión de que no hay más terrorismo que el islamista. Evidentemente, no es así. En el momento mismo en que se desarrolla esta nueva guerra mundial, diversas organizaciones terroristas siguen actuando en casi todos los rincones del mundo no musulmán. ETA en España, Las FARC y los paramilitares en Colombia, los neomaoiístas en Nepal, etcétera. Y hasta hace bien poco, el IRA y los protestantes unionistas en Irlanda del Norte. Europa sangra desde hace muchos años por los atentados terroristas.

En la actualidad, se acepta de forma general que el uso de la violencia terrorista en un contexto de auténtica democracia política (como en Irlanda del Norte, País vasco español o Córcega) resulta inadmisibile. Pero, al albur de las circunstancias, casi todas las familias políticas han reivindicado el terrorismo como principio de acción. El primer teórico que propuso una doctrina del terrorismo fue el republicano alemán Kart Heinzen, en su ensayo Der Mord (el asesinato), de 1.848, donde afirmaba que todos los medios, incluido el atentado suicida, son buenos para acelerar el advenimiento de ¡la democracia! (12).

La guerra contra el terrorismo presenta, tanto para Europa como para los Estados Unidos, el mayor interés para legitimar las más diversas prácticas represivas en el interior mismo de los estados soberanos que sienten amenazados los pilares de la unión de sus regiones, lo que no era posible ni tan siquiera considerar con las coberturas ideológicas de antaño, con caras pretensiones expansionistas, salvo en el caso de actuaciones dentro del derecho internacional o la injerencia humanitaria. En todos los países occidentales, tanto en América del Norte como en Europa del Oeste, la guerra contra el terrorismo ha servido de pretexto para introducir medidas que atentan contra las libertades públicas y los derechos humanos. Y no es ciertamente una

(11) CEPEDA, JOSÉ. “Seis meses después: la ausencia europea”. Entrevista a Ignacio Ramonet. Radio Nederland. 11 de marzo de 2.002.

coincidencia el que estas medidas hayan sido adoptadas dentro del rastro de una escalada de represión seguida por un movimiento de resistencia contra la mundialización neoliberal.

Nuestro autor expone que en el plano geopolítico Estados Unidos se encuentra en una situación hiperhegemónica que nunca en la historia ningún país conoció. Militarmente, su fuerza es aplastante. No sólo son la primera potencia nuclear y espacial, sino también marítima. Son los únicos que poseen una flota bélica en cada uno de los principales mares del planeta; y cuentan con bases militares, de avituallamiento y de escucha en todos los continentes. Aunque no hayan podido prever los atentados del 11 de septiembre, ni capturar a Bin Laden, sus Fuerzas Armadas poseen, en materia de armamento, varias generaciones de adelanto. Pero si Estados Unidos se mantiene como primera potencia del planeta no será gracias al poder que otorga una supremacía militar que, por lo demás —ahí reside la paradoja— ya no puede dominar el mundo. Ésta es la alternativa: utiliza sabiamente el poder en beneficio de todos.

Joseph S. Nye aporta una nueva visión a la supremacía americana sobre Europa; reconoce que en la era de la globalización ninguna superpotencia podrá controlar y dirigir el mundo a su antojo. Por otro lado, este autor propone el paso del liderazgo a la cooperación, y del poder duro al poder blando. Hay que mostrar sensibilidad hacia las preocupaciones de los aliados, impulsar coaliciones internacionales para afrontar amenazas compartidas como el terrorismo, mediar en los conflictos, ratificar tratados internacionales, fomentar una economía abierta, cooperar en el desarrollo, y conseguir adhesiones gracias a valores del sistema como la libertad, el respeto al individuo, el crecimiento y la apertura.

Iniciada la “aventura de Irak”, ¿puede Europa oponerse a esta peligrosa aventura que ha comenzado? Si, ¿cómo? En primer lugar, utilizando su doble derecho de veto (Francia, Reino Unido) en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU. En segundo lugar, bloqueando el instrumento militar de la OTAN, con el que cuenta Washington para su expansión imperial y cuya utilización está sometida. Pero, en los dos casos, éstos deberían entonces comportarse como verdaderos socios. Los europeos se sienten orgullosos de mantener una actitud, entre algunos colectivos, de radical rechazo a la guerra y la asimilan a un hito de civilización. Su origen se pierde en el tiempo, pero es evidente que el drama de las dos guerras y los conflictos descolonizadores produjeron un enorme impacto entre la población. Es este el pensamiento de Florentino Portero, para quien la guerra es un hecho profundamente humano, que nos horroriza y

avergüenza ya que siempre va acompañada de sufrimiento y marca de por vida a aquellos que la han sufrido.

Europa tiene mucho que decir, pero antes de afrontar retos hacia el exterior, antes de convertirse en salvaguarda compartida con el macroimperio, debe entender que su fuerza ha de residir en una política común de seguridad y defensa asentada en fuertes lazos de vocación común y de intereses compartidos; esa es su fuerza y su debilidad, y ese ha de ser su punto de partida principal.